

EDITORIAL

La Asamblea General de las Naciones Unidas ha declarado 2011 como Año Internacional de los Bosques. Con este motivo Froilán Sevilla, ingeniero de montes, jefe de la Sección Primera de la delegación de Medio Ambiente de la Junta de Castilla y León en León, aporta en este editorial su visión sobre la gestión de los bosques.

El cambio de paradigmas acerca de los bosques

Vivimos en un mundo cambiante. La variación es la norma en nuestro universo, desde las poblaciones de topillos hasta las galaxias. Cada sistema tiene sus propios patrones de cambio, que se percibe a unas escalas espaciales y temporales mejor que a otras. Los bosques, por supuesto, no son una excepción; y los esquemas mentales de los hombres respecto a ellos, tampoco. Lo que quizá pueda sorprender es la velocidad del cambio en los ecosistemas forestales. La aparente quietud y permanencia de los árboles, a ojos de los humanos, ha favorecido el desarrollo de ideas estáticas; la clímax, el desarrollo de la Directiva Hábitats, o el uso que se ha efectuado de conceptos como la capacidad de carga o la posibilidad de corta, son muestras de la tendencia de los hombres a contraponer su frenético ritmo de vida con el aparentemente pausado de los montes y bosques. Y, sin embargo, hoy día ya tenemos información y conocimientos, aportados desde todas las partes del globo y desde diferentes disciplinas, como para admitir que el cambio en los bosques no solo es a largo plazo, por ejemplo como consecuencia de lentas y progresivas transformaciones del clima, sino también a escala humana, de décadas, como el radical cambio ecológico que ha generado el fin del sistema agrario tradicional.

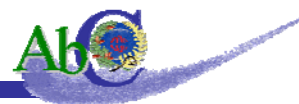
El efecto del hombre es tan decisivo en los bosques que sin él no se entienden sus variaciones ni en tiempo ni en espacio: la comparación de los montes del sistema agrario tradicional con los actuales, o el abismo que separa las dinámicas actuales entre los países más desarrollados y los más pobres, son claros ejemplos. Estudiar los bosques sin los efectos humanos es, en la inmensa mayoría del planeta, un ejercicio teórico fatuo. Desde que el hombre domina el fuego, y lo hace desde hace centenares de miles de años, quizá más de un millón, hace falta una densidad muy baja de población para cambiar radicalmente un ecosistema (y su dinámica); los datos paleoecológicos australianos, con la transformación del continente en su conjunto a la llegada de los humanos hace 50.000 años, o la destrucción en décadas recientes de los bosques templados de Sudamérica por unos pocos colonos ganaderos, son elocuentes ejemplos. Desde luego, en Europa y en España en particular, la acción humana ha sido contundente desde hace unos pocos miles de años; aunque este hecho ya está

plenamente admitido, no lo es tanto que esa acción se produjo sobre unos ecosistemas cuya composición, estructura y dinamismo ya estaba muy influida por los humanos prehistóricos, organizados en complejas sociedades, e incluso previamente, cuando eran tribus de cazadores-recolectores.



Los bosques actuales son producto de una larga interacción con el hombre. Muchos bosques se han desarrollado sobre terrenos que durante el sistema agrario tradicional fueron cultivos o pastizales. En esta imagen se presenta un caso obvio de origen a partir de unas condiciones profundamente modificadas por el hombre: cuando los árboles pierden la hoja, bajo su dosel se muestra el origen del bosque; los bancales fueron colonizados por árboles de tres generaciones que han completado una cubierta de forma espontánea. Pero, sin tanta obviedad, la determinante influencia humana es la norma en los bosques de todo el planeta, incluidas regiones remotas donde la principal modificación ha llegado por la vía de cambiar el régimen natural de incendios

El mundo científico cada vez es más consciente de la importancia de entender los procesos, dirigidos o no por el hombre, como el elemento clave en la comprensión ecológica y, lógicamente, como la base para el diseño de la relación entre hombres y ecosistemas, minimizando los efectos negativos del inevitable ensayo y error. Sin embargo, a pesar de que esa idea está ya bien asentada, tanto la normativa de conservación y gestión de ecosistemas, como muchas ideas al respecto, parecen ancladas en el pasado del conocimiento, es

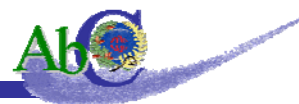


decir, no dan suficiente importancia a las causas y los mecanismos de las dinámicas ecológicas.

Las sociedades humanas siempre han sido sistemas muy dinámicos. Su velocidad de transformación parece seguir un patrón exponencial: a medida que se acumulan conocimientos, cada cambio subsiguiente se produce más rápidamente; las modernas facilidades para intercambio global de información están acelerando de una forma desconocida esos cambios. Hoy día es muy sencillo para cualquier científico de un perdido rincón del planeta estar al día de las novedades en su campo de investigación. En otro orden de cosas, lo que ocurre estos días en varios países sometidos a regímenes dictatoriales en el norte de África y Oriente Medio es un ejemplo más de las imprevisibles consecuencias del flujo global de información. Las transformaciones en las mentalidades de los hombres siempre se han dado, fruto de los avances tecnológicos y de las propias dinámicas en las que se ven inmersas las sociedades. Y si los humanos cambian su mente, lo hacen inevitablemente los ecosistemas del planeta Tierra: 7.000 millones de personas, con la elevada capacidad tecnológica actual, que aspiran a vivir lo mejor posible, y que en general tienen como referencia patrones culturales consumistas, generan un impacto a nivel planetario que no tiene parangón conocido en ninguna otra especie de la historia ecológica. El cambio socioeconómico y tecnológico debería llevar a una profunda transformación en la manera en que el hombre interactúa con los bosques. Veamos algunos ejemplos.

Las primitivas ideas acerca de la sucesión conllevaban una valoración positiva de las tendencias sucesionales espontáneas cuando no intervenían ni el hombre ni eventos como incendios o derribos masivos; hasta el punto de que, supuestamente, estas tendencias desembocaban en una “clímax” u “óptimo ecológico”. Hoy día ya se tiene claro que el valor que se asigna a un ecosistema depende completamente de su entorno, y no es un dato intrínseco. Por ejemplo, la función ecológica de una pequeña zona de matorral es muy distinta en medio de un bosque que si esa misma área está rodeada de otras semejantes. La escasez o singularidad se admiten como valores ecológicos cruciales, y esto, evidentemente, es tanto como decir que el contexto es muy importante. En este sentido, la diversidad, y sus posibles medidas, es contingente al área e intervalo temporal seleccionados. La Directiva Hábitats y su desarrollo a través de los Lugares de Importancia Comunitaria, a pesar de una concepción en exceso estática, han servido para que se reconozca el valor de formaciones sucesionalmente poco avanzadas.

Los profesionales forestales poseen su propia versión de los prejuicios sobre la madurez, y hasta cierto punto, de la “naturaleza intocada”: de forma semejante a la sucesión para los ecólogos, para los forestales la acumulación de



existencias, es decir, de madera, es un proceso espontáneo y deseable, hasta el punto de que con frecuencia se ha medido la bondad de la gestión en función de si existe más o menos madera acumulada. Esto podría tener sentido durante el sistema agrario tradicional, con una presión excesiva sobre los montes por parte de una numerosa población local que no tenía otra manera de subsistir que explotando, muchas veces más allá de los límites razonables, los recursos que tenía disponibles. Pero, hoy en día, en España y otros países desarrollados, la situación es la contraria: la falta de aprovechamiento de los montes, y en general de gestión, los hace proclives a eventos extremos, que denominamos catástrofes, y también conlleva la pérdida de hábitats y de recursos renovables por excesiva densificación arbórea o matorralización. Aunque la situación de montes y bosques ha cambiado radicalmente en las últimas décadas, y lo sigue haciendo con vertiginosa rapidez, la necesaria adaptación de los esquemas mentales está siendo demasiado lenta, y no se han desechado todavía las ideas desarrolladas en el contexto de sobreexplotación de los bosques. Curiosamente, mientras que el aprovechamiento sostenible supondría un gran avance en sectores como el pesquero (y, claro, sería imposible con los combustibles fósiles), en el mundo forestal ha llegado el momento de avanzar más: no quedarse en una mera regla de explotar por debajo de un límite, sino usar los aprovechamientos para configurar los ecosistemas que deseamos en el futuro.

La prognosis o conocimiento anticipado de lo que va a suceder es el objetivo final de la ciencia. Sin embargo, en ecología forestal, seguramente motivado por su complejidad inherente, éste no parece haber sido el principio rector: predominan los trabajos descriptivos y la prognosis se basa con frecuencia en supuestos irreales como que el hombre no va a actuar, o altamente hipotéticos, como las tendencias climáticas a medio y largo plazo. Es necesario desarrollar una ecología más práctica que prediga la evolución de los ecosistemas partiendo de su situación actual y con los factores actuantes previsibles o que se diseñen para un territorio, desde una perspectiva realista y no especulando cómo serían los montes sin la intervención de los humanos.

Muchos de los problemas del modelo de desarrollo actual son bien conocidos, y se pueden resumir en que a medio plazo es insostenible el creciente uso de los recursos que estamos realizando, y que no deberíamos experimentar con la profunda modificación del planeta y sus dinámicas. Como contraste con la situación global de sobreexplotación de recursos y de destrucción de los bosques, llama la atención la recuperación forestal en los países desarrollados. En concreto, en España, la extensión de los bosques y la acumulación de madera alcanzan cifras sorprendentes, de acuerdo con el Inventario Forestal Nacional; la comparación de la situación actual con la que reflejan las fotografías del



“vuelo americano” de 1956-7 deja pocas dudas sobre lo acertado de las tendencias que reflejan esas cifras.

En un contexto de pérdida de hábitats por excesiva densificación, de acumulación de combustibles que convierte el monte en frágil frente a incendios, de falta de materias primas, de excesiva contaminación y de crisis energética, no se entiende cómo es posible que la explotación forestal se mantenga en unos niveles tan bajos en los bosques espontáneos españoles. No obstante, la explicación es clara: se ha generado una situación en la que una parte de la sociedad civil presiona para que los bosques se mantengan “intactos”, y para la administración es más cómoda la inactividad que le evita problemas de diverso tipo, judiciales y mediáticos incluidos. A veces, con mucha frecuencia en el sur de España, se recurre a pagar con dinero público acciones que se podrían realizar sin esa carga e incluso con un beneficio para las arcas de las entidades propietarias de los montes: los sistemas de aprovechamiento comerciales tienen muy mala prensa, aunque sean casi idénticos en términos ecológicos a lo que se paga como tratamientos selvícolas. Todo esto no es sino un fraude para la sociedad en su conjunto, a la que se envían mensajes contradictorios de preservación de la biodiversidad, desarrollo sostenible, responsabilidad ambiental, solidaridad interterritorial y uso de materias renovables.

Aunque no sea algo evidente, debemos darnos cuenta de que nos encontramos inmersos en una fase de cambio en los bosques españoles sin parangón en los últimos siglos, milenios quizá. Lo que ahora vemos, y a veces pretendemos incluso fijar como una estampa, ni ha existido en el pasado ni existirá dentro de unas décadas. La transformación desde el fin del sistema agrario tradicional es tan rápida que cualquier estudio ecológico de largo alcance debería tener muy presente este hecho en sus postulados: no solo cambia la estructura forestal, sino también su dinámica e incluso algunas de las relaciones entre los seres vivos; por ejemplo, la predación no es independiente de la estructura, o cada vez que cambia la composición específica varían algunas de las interacciones entre los organismos.

Muchas de las estructuras actuales de los montes no satisfacen adecuadamente la demanda de bienes y servicios, que incluye funciones tan variadas como la fijación de carbono, producción de materias primas renovables, regulación hídrica, prevención de la erosión, protección frente a avalanchas, servir de hábitat para gran variedad de organismos, mejorar el paisaje, constituir el soporte de actividades recreativas o servir como referente cultural. En el contexto actual, con unos ecosistemas de tránsito cuyas características responden al abandono de los montes tras su intensa explotación, es muy importante dirigir los procesos cuando se entienda que

éstos no van a llevar la dirección adecuada; por ejemplo, si se corre el riesgo de entrar en un ciclo de incendios-fomento de matorral pirófito-más incendios-erosión. El diseño e implementación de eventos renovadores de los ecosistemas (lo que se denomina habitualmente “perturbaciones”), sobre todo a través de cortas y pastoreo, aplicados con un adecuado diseño y ejecución, y con la suficiente extensión, deberían convertirse en la herramienta para dirigir los cambios y lograr los más variados objetivos ecológicos: prevención de eventos “catastróficos”, copas amplias en los árboles (mayor producción de frutos), mantenimiento de claros en los bosques, generación o mejora del vigor de pies con características especiales (por ejemplo, árboles chaparros, o con huecos, ramas o porte que sirvan como hábitat singular), persistencia de ciertas especies (tanto plantas como animales u hongos), en general aumento de la diversidad, etc.

El uso de los eventos renovadores en la gestión de los montes debería admitirse con normalidad y analizar sus efectos en función de sus características precisas: tipo, intensidad, extensión, frecuencia, etc. Sin embargo, apenas se ha profundizado en esta cuestión, y además existen prejuicios dependiendo del tipo de evento: la ganadería extensiva es “buena” y las cortas “malas”, cuando en ambos casos todo depende de cómo se apliquen. A la sociedad urbana se ha transmitido el mensaje de “cortas = destrucción de los bosques”. La imagen de una motosierra cortando un gran árbol es mucho más impactante que una vaca ramoneando los jóvenes brinzales. Y, sin embargo, el fin de los bosques llega siempre porque se impiden sus mecanismos de regeneración, por reiterados incendios, pastoreo o cultivo agrícola, y no por cortas mal ejecutadas, cuyo efecto puede ser “empeorar” el bosque pero no destruirlo.

No obstante lo expuesto, la prevención frente a las cortas comerciales como instrumento de mejora ecológica tiene una base cierta: en el pasado, en España, como ocurre ahora en los países menos desarrollados, los aprovechamientos forestales eran más bien un expolio de los bosques, cortando lo que interesaba sin una planificación ni una perspectiva a largo plazo. Pero hoy día existen los medios para realizar una gestión forestal racional, organizada y capaz de alcanzar los objetivos que fije la sociedad, minimizando los aspectos negativos. Desde luego no tiene sentido estigmatizar un instrumento por el hecho de que en el pasado se haya usado con otros fines y en otro contexto socioeconómico y ecológico. La crisis energética actual, con unos precios elevados del petróleo y el gas con una tendencia alcista difícil de revertir, deben verse como una oportunidad para implantar la gestión forestal en muchos bosques espontáneos. Los propietarios de esos bosques deben verlos como una fuente de riqueza y no como una carga que solo les conlleva limitaciones; son ubicuos los ejemplos de cómo los bosques se extienden cuando

las sociedades rurales los aprecian. No podemos permitirnos mandar a la sociedad rural el mensaje de que es mejor tener plantaciones de árboles exóticos o unos montes quemados y con un aprovechamiento ganadero mínimo. Y, desde luego, la comparación de la madera como materia prima frente a competidores como el acero, el hormigón o el petróleo, deja pocas dudas de que los gobiernos deberían potenciarla, sobre todo cuando tanto se insiste en la necesidad de reducir la contaminación y en el cambio de modelo económico: aquí tenemos un ejemplo de un potencial de desarrollo endógeno que apenas ha sido explorado a pesar de que podría cumplir, como pocos, el requisito de la sostenibilidad.

A modo de conclusión, debemos cambiar la mentalidad de la sociedad respecto a los bosques, pero para ello técnicos y científicos tenemos que proporcionar bases para su comprensión más realistas, lo que implica potenciar el conocimiento sobre su dinámica y, como aspecto concreto, sobre los efectos de la acción humana.

Podemos aprovechar que la Asamblea General de las Naciones Unidas haya declarado al 2011 como Año Internacional de los Bosques, pero en realidad no necesitamos ninguna disculpa para intentar que, como indica la ONU, los bosques contribuyan al desarrollo sostenible global. De forma semejante, no deberíamos necesitar los anuncios catastrofistas acerca del cambio climático para tener una interacción menos agresiva con el planeta que nos acoge. Independientemente del resultado de nuestras ubicuas acciones, no deberíamos influir de forma tan drástica en los flujos globales. Es imposible predecir la evolución en un escenario de cambios importantes a nivel planetario, porque sin precedentes ni posibles réplicas los modelos contienen forzosamente enormes incertidumbres. El único camino lógico es intentar minimizar el impacto global de la humanidad, con una visión sintética que desgraciadamente no está muy extendida. En este marco, la gestión que se haga de árboles y bosques debe aportar su grano de arena en conseguir un planeta habitable a largo plazo.



Froilán Sevilla